

## Rincón bibliográfico

### ¿Sin Dios o con Dios? Razones del agnóstico y del creyente

José Ignacio González Faus e Ignacio Sotelo

HOAC, Madrid, 2002, 277 pp.

Si antiguamente los creyentes excomulgaban a los agnósticos, hoy son éstos los que exsocializan a los creyentes; una «Teología para agnósticos» sólo la leerían actualmente los curas, pero una «Teología para creyentes», ni los unos ni los otros. En el mismo sentido, la tolerancia que se postula como primer mandamiento cívico se reduce a esto: «mira si soy tolerante que sólo te insulto, en lugar de quemarte vivo como hacíais vosotros».

Con ese telón de fondo, y a pesar de la buena educación, de la amistad y de la buena literatura de los dos Ignacios (el tercero elíptico podría ser Ignacio de Loyola), el diálogo no pasa de darse entre el mitad creyente (González Faus) y el mitad agnóstico (Sotelo), por lo que cualquier síntesis resulta imposible, dejando una vez más de manifiesto que de los diálogos antitéticos no sale síntesis alguna; si hay conversiones en algún sentido, éstas sólo proceden de la experiencia.

Por lo demás, personalmente me decepcionan siempre (también esta vez) las razones de los agnósticos cultos, pobres en teología, aunque reconozco que lo que presentan los creyentes como razones son más bien metarrazones: deberían decirlo, no para renegar de la razón, sino para ensancharla.

Dicho esto, el libro puede interesar más a los menos conocedores de la disputada cuestión.

CARLOS DÍAZ

### Caminar

H. D. Thoreau

Árdora ed., Madrid, 1998.

Esta conferencia del poeta de Concord es, como siempre, aire libre para la reflexión. El estilo directo, paradójico y profundo al mismo tiempo de este pionero de una cultura norteamericana que no llegó a cuajar, nos lleva a conocer un modo ecológico de ver las cosas. Frente al conocimiento y la reflexión metódica, cartesiana que la academia impone en Europa, hay algunos autores marginales que en ambos continentes muestran caminos más arriesgados y, por ello, más directos al hombre vivo. Thoreau intenta trasladar al lector oyente a nuevos paisajes no hollados por la dura zarpa de la civilización. El estado salvaje es a sus ojos la salida que el hombre tuvo y ha de recuperar si quiere llegar al bien y la libertad: «La naturaleza salvaje es lo que preserva al mundo» (p. 31) «Todas las cosas buenas son salvajes y libres» (p. 42)

Una religión con la naturaleza que nacerá del contacto empático directo con ella. Más que divinizar a la naturaleza, es ésta el medio de acercarnos a Dios, reconocible en la libertad más sublime y la bondad más acogedora. La civilización ha perdido al hombre por el camino, y éste regresa a su estado libre en el acto de caminar entre la fauna y la flora intocada por la mano cultural. La única situación que permitirá salvar a la civilización será su comunión con la naturaleza. En las cercanías del ideal libertario de ruralizar la ciudad escribe Thoreau:

«Una ciudad se salva tanto por sus hombres dignos como por los bosques y los pantanos que la rodean. Un municipio con un bosque primitivo

meciéndose a un lado, y otro pudriéndose al lado contrario, está en condiciones de producir no sólo maíz y patatas, sino también poetas y filósofos para las épocas venideras. En tierras así crecieron Homero, Confucio y los demás, y de una zona inculta semejante llegó el Reformador que se alimentaba de langostas y miel silvestre» (p. 36)

El trabajo transformador del hombre necesita el respeto hacia la naturaleza, lejos del ideal burgués del control irrestricto sobre sus bienes. Las bases de la sociedad liberal han de removerse si queremos contener la oleada de exterminio sobre la sagrada madre naturaleza. Escribe este agrimensor sobre la propiedad, con su característica mirada profética:

«En la actualidad, la mayor parte de la tierra en esta región no es de propiedad privada; el paisaje no pertenece a nadie y el caminante goza de relativa libertad. Pero puede que llegue el día en que la compartimenten en lo que llaman fincas de recreo, donde sólo una minoría obtendrá un disfrute restringido y exclusivo, cuando se hayan multiplicado las cercas, los cepos y otros ingenios inventados para mantener a los hombres en la carretera pública, y caminar por la superficie de la tierra de Dios se considere un intento de allanar las tierras de unos pocos caballeros. Disfrutar de algo en exclusiva implica por lo general excluirte de su auténtico disfrute. Aprovechemos nuestras oportunidades antes de que llegue el día aciago» (p. 21)

Caminar, aventurarse por rutas desconocidas en una tierra de nadie, divina en su prístino salvajismo hará libre al hombre, lo moralizará y permitirá su conocimiento más

allá de la costra que acostumbramos a considerar la verdad. Además el trabajo en contacto con la naturaleza (recordar a Kropotkin y tantos otros) supone una alternativa al predominio de la guerra y el trabajo mecánico e inhumano:

«Las palmas duras del trabajador están versadas en más finos tejidos de dignidad y heroísmo, cuyo tacto conmueve el corazón, que los dedos lánguidos de ociosidad. Que sólo la sensiblería se pasa el día en la cama y se cree blanca, lejos del bronceado y los callos de la experiencia» [...] «Las armas con las que hemos ganado nuestras más importantes victorias, y que deberían legarse de padre a hijo como reliquias familiares, no son la espada y la lanza, sino la guadaña, el cortador de turba, la pala y la azada para cieno, herrumbrados con la sangre de muchos prados y ennegrecidos por el polvo de muchos campos de dura batalla» (pp. 14 y 38)

Este eremita que vivió en el campo reconociéndose en la naturaleza, supo comprender así su hermandad con los hombres, denunciar la esclavitud, el capitalismo caótico, la carrera civilizadora sin humanismo. Religioso en un sentido originario, practicó la religión con la naturaleza, con los hombres y con Dios, sin obviar la crítica a los excesos de una cultura trapisondista y corrupta, sin ojos para la profundidad de lo concreto. Su voz, como la de tantos pioneros —W. Whitman, E. A. Poe, B. Tucker, J. Warren, cada uno a su modo—, sin perder cierto aristocratismo romántico es un toque de alarma en una batalla del hombre por crecer en volumen sin hacerlo en unos valores por objetivizar. El problema, quizá, es armonizar estas



voces, de modo que surja un coro de poetas de la libertad.

Thoreau, en su deambular entre símbolos y pensamientos, se sabía en continua lucha por adecuarse al mundo, sin ir a remolque, con libertad para encontrar huellas, rastrear veredas hacia horizontes de verdadera vida. Este breve manifiesto se dirige a los que en esas nuevas rutas no borran sus huellas, pero intentan que tampoco destruyan el paisaje a su paso. ¡Ojalá sus paisanos actuales leyeran a este profeta, en vez de realizar películas sobre las apoteosis militares de la historia estadounidense! ¡Ojalá hubieran comprendido como él la conquista del oeste, religación de la civilización con sus orígenes!

FERNANDO PÉREZ DE BLAS

### **Voluntariado, sociedad civil y militancia**

Ana María Rivas

Acción Cultural Cristiana, Madrid, 2002, 110 pp.

Nos encontramos ante otro pequeño gran libro de los hermanos de Acción Cultural Cristiana. En este caso es obra de una hermana. Se trata de una lúcida y documentada reflexión sobre la situación actual de los voluntarios y las ONGs dentro de una realidad dominada por la globalización económica, el control mediático de las ideas y la tendencia de los Estados a configurarse como instituciones meramente penales y represivas. A lo largo de sus páginas nos adentra en la asimilación progresiva que ha sufrido el llamado tercer sector por parte de las estructuras establecidas.

La necesaria «autocrítica» reflexiva conduce al lector desde la financiación de las ONGs con dinero público y

privado hasta su inmersión en el mercado publicitario. Con un análisis bien construido y clarividente en la exposición de la globalización económica (multinacionales, entidades financieras, lobbies...) termina por encontrar a las instituciones presuntamente no gubernamentales sumidas en el sistema, sin capacidad de enfrentamiento a lo establecido, porque en última instancia depende de su ayuda para llevar a cabo sus proyectos. La finalidad de regenerar a los marginados ha sido suplantada por la gestión mercantilista de estas entidades, que han evacuado el fin a través de burocratizar y gestionar empresarialmente sus acciones.

Las ONGs son empresas, con mayor o menor dependencia de dinero público o privado, y de esa manera plantean sus estrategias: publicidad, contratos precarios, empleo enmascarado en los presuntos voluntarios, pérdida de distancia crítica con el entramado económico-político y lógica neoliberal en su trabajo.

Ana María Rivas, además, plantea una de las cuestiones más candentes en la actualidad: la dialéctica de Estado mínimo-Estado interventor. La teoría economicista de reducir la intervención política al máximo tiene una trampa: en la realidad esta libertad sólo se ejerce con respecto a las grandes empresas que rompen fronteras y dominan sobre la gestión política, pero el Estado sí entra en juego cuando hay algún desequilibrio en la libre competencia. En definitiva la resultante es una decadencia progresiva del Estado del bienestar que se implantó tras la segunda contienda mundial. La actividad política se reduce cuando interesa a los grandes conglomerados económicos, financie-

ros y mediáticos y resurge como aguas guadianescas en el momento que, por ejemplo las Bolsas tras el 11-s, el caos muestra su cara. Por lo tanto «están pidiendo Estado mínimo cuando se trata de garantizar los derechos económicos y sociales de los más débiles y Estado máximo cuando se trata de defender los derechos económicos de los más fuertes» (p. 33). Y además el Estado es elevado a la enésima potencia cuando es necesario para reprimir los desórdenes que, en su mayor parte, el sistema económico provoca. Se da entonces una «hipertrofia desmesurada del Estado penal» (p. 38), como vemos de continuo en la insistencia de los partidos políticos respecto a la seguridad y el peligro delictivo de la inmigración.

El capitalismo agrupa a los fuertes y selecciona darwinianamente a los débiles, crea pobres por la acumulación de riqueza en pocas manos y luego pretende absorber los intentos de la sociedad civil para levantar a los pisoteados. Por ello le viene como anillo al dedo un voluntariado sin ideales, a tiempo parcial, terapia de voluntarios, porque permite tapar ciertos parches, dar una imagen y, lo que es muy importante, libera al aparato político de muchas labores para que se centre en reequilibrar posibles desperfectos en la armonía económica, mantener la demanda militar bien alta y castigar a los no adaptados.

Las ONGs que eran «parte de la solución» se han convertido en «parte del problema» (p. 88) porque «no se puede pretender «servir a dos señores»: a los empobrecidos y a los que están en el origen del empobrecimiento» (p. 82). La autora propone separar el

concepto aceptado de voluntariado y el de sociedad civil para salvar del olvido el concepto de militancia y devolver a la persona su esencia política, no en el sentido técnico sino como participación directa en sus problemas de cada uno de nosotros o de nuestras asociaciones. Olvida a nuestro parecer una cuestión muy pertinente: ¿cómo conseguir una autogestión de los organismos no gubernamentales para poder separarse de los tentáculos del sistema?

En fin, este libro despierta conciencias, que no es poco, y nos insta a reflexionar sobre la posibilidad de gestión económica no capitalista de ciertas instituciones y sobre la democracia directa como mecanismo de vitalización política de la sociedad civil. Siempre con el arma de una militancia viva que sepa «asumir el conflicto y la tensión permanentes que genera la confrontación entre [...] la realidad y la utopía/ideal» (p. 96).

FERNANDO PÉREZ DE BLAS

### **Archipiélago Gulag**

A. Solzhenitsyn

Madrid, El Mundo, 2002, 811 pp.

A pesar de no ser un libro de venta normal y de aparecer dentro de una colección de novelas del siglo xx sin ser una novela, nos parece necesario instar brevemente a la lectura de esta terrible crónica de un genocidio. Con un estilo vivo, utilizando diversas técnicas expresivas desde la ironía a la descripción pasando por el relato en primera persona, el autor nos introduce en el relato de la infinidad de «monstruosidades que se han hecho en nuestro país» (p. 475). Su volumen, semejante a las grandes obras

de la literatura rusa, no debe frenar al lector en su acercamiento a este viento de verdad que viene de Siberia con su frío mensaje. Los que de un modo u otro seguimos considerándonos cercanos a la etiqueta de «izquierdas» tenemos el deber de conocer los crímenes que en nombre de la utopía socialista se realizaron. La esperanzadora revolución de Octubre nació teñida en sangre y no en justicia. La cantidad de muertos que el autor saca del anonimato llaman la atención por ser una estrella fugaz en un firmamento lleno de asesinatos de Estado y no sólo, como muchos dicen, con Stalin, sino antes y después.

El siglo xx, que puede parecer el del asentamiento de la civilización del bienestar, por desgracia es un cúmulo de genocidios con la excusa de diferentes ideologías y con diversos métodos, pero todos coincidentes en eliminar la libertad y la dignidad de las personas. La narración de Solzhenitzyn, aun siendo generosos y aceptando que pueda exagerar en ciertos aspectos (lo que no creemos, porque la realidad siempre es peor que la lectura de la misma en los libros), hiela nuestra sangre y nos arrastra por barracones helados, atestados de gente amontonada como simples despojos, sin alimentación, vejados desde todos los puntos cardinales, obligados a trabajar para los dictadores proletarios (¡qué paradoja!), torturados para firmar papeles con falsas acusaciones, inmersos en traslados peor acondicionados que el ganado... Es duro encontrar que los bolcheviques, como un valiente le espeta a su vigilante, «no os distinguís en nada de los fascistas alemanes» (p. 503).

Ni de otros muchos, añadimos nosotros.

Este libro, siempre inacabado, porque la maldad de los ciegos de poder nunca tiene límites, es la dura verdad de un hombre que desde la cumbre cae en el abismo por no arrodillarse siempre ante el dictador. Es el relato de un sistema que fue fagocitando a sus propios valores, a sus ingenieros, a sus agricultores, a sus artistas, a sus teóricos, a sus científicos, hasta quedar reducido a una camarilla sedienta de poder y de ostentación faraónica. Un sistema que se apoya no sólo en la tiranía, sino en la servidumbre voluntaria de muchos sumisos a sus dictados, dentro y fuera de las cárceles.

Pero un horror que no puede matar definitivamente ese fondo de dignidad humana que las personas tienen al sentirse acompañadas, el encontrarse «rebosante de felicidad por estar entre personas» (p. 223) aunque sea en una celda inmunda. Personas que forman un grupo y pueden compartir penas, conocimientos, experiencias y sentirse acogidos en el seno del otro. La experiencia esencial del nosotros se mantiene erguida ante el Moloch de inmensas fauces destructoras. Un nosotros para la esperanza:

«En la celda, ves por primera vez otros hombres que no son enemigos. Coincides por primera vez con otros hombres vivos que siguen tu mismo camino y con quienes puedes fundirte en una gozosa palabra: *nosotros*.

«Sí, esta palabra, que quizá llegaste a detestar en la calle porque la utilizaban para suplantarte como individuo [...] ahora descubres en ella un sabor dulce: ¡No estás solo en el mundo! ¡Aún quedan seres inteligentes, con alma:

aún quedan *personas!*» (p. 219).

FERNANDO PÉREZ DE BLAS

### La violencia del amor

Monseñor Óscar Romero  
Sal Terræ, Santander, 2002,  
214 pp.

Recopilados por James R. Brockman, SJ, de sus intervenciones en la emisora archidiocesana, estos escritos nos acercan al pensamiento de todo un hombre. Sin rodeos deductivos, sin abstracciones teológicas, en un lenguaje sencillo, popular, Romero introduce en nosotros la paradoja esencial de un amor místico, su fuerza como fuente de conversión integral del hombre. Un violentar que no destruye, sino que hace brillar la totalidad de la persona con una plenitud incandescente, purificadora. El mismo obispo salvadoreño demostró con su martirio que la violencia es cegadora, pero, ungida de perdón, puede transformar a todo un pueblo. Su vivencia apegada a los más necesitados demuestra que el amor puede transformar, violentar la estructura dominantes. Y con un aura de justicia que no puede enarbolar la violencia terrorista o guerrillera, por principio mimética de la que pretende destruir. El amor, como en la mística clásica, es paradójico, porque transforma y todo lo que cambio sufre desgarros.

Este libro de mística para pueblos, de revolución espiritual para los oprimidos, debe vivirse recordando el medio donde se gestó: en una emisora donde se saboteaba por el poder terrorista, mercenario del Imperio. En un país que no levantaba cabeza de dictadura en dictadura y urgido de renovación espiritual. Pero también nace cerca de un

pueblo entusiasmado, frenético ante la figura de un clérigo que había abandonado sus tutelajes con los potentados (desde 1977, fecha en que inician los textos del libro su andadura cronológica) y se donó al pueblo. Al que habla hasta el instante en que lo asesinan, en el púlpito, mediando entre Dios y los oprimidos.

Monseñor Romero vivió la vocación de una Iglesia entregada a los pobres y a los marginados, sin politizaciones directas, profesionales, pero densamente política en su creación de libertad y seguridad para los últimos. Por ello su concepto de Iglesia mantiene su vigor pasados veinte años largos de su martirio.

«La Iglesia se renueva. No podemos conservar tradiciones viejas que ya no tienen razón de ser, mucho más aquellas estructuras en las cuales se ha entronizado el pecado, y desde esas estructuras se atropella, se hacen injusticias, se cometen desórdenes.

«No podemos calificar de cristiana una sociedad, un gobierno, una situación, cuando en esas estructuras envejecidas e injustas nuestros hermanos sufren tanto» (p. 136)

Porque si verdaderamente queremos la venida del Reino tenemos que empezar por colocar la primera piedra en la acogida de los necesitados en el seno de la Iglesia, entendida como képhas, refugio para los desamparados. Así lo hizo Monseñor Romero y por ello murió. ¡Que Dios permita que no muera nadie más y se pueda cumplir la justicia sin violencias que no sean la del amor transfigurador!

FERNANDO PÉREZ DE BLAS

### **El medio divino. Ensayo de vida interior**

P. Teilhard de Chardin

Alianza Editorial, Madrid, 2000,  
144 pp.

Verdaderamente un gusto la reedición de este breviario de mística vitalista, de ascética sin rencores a la materia. El librito de Chardin resume toda una filosofía: la religión del Mundo y Dios. Un Mundo espiritualizado y un Dios que ha crecido al hacerse uno en todo. Sin caer en el panteísmo materialista Chardin nos propone un recorrido a la vez psicológico y primordial hacia las bases de la creencia.

El francés fue biólogo, geólogo, antropólogo, teólogo y todo ello aparece aquí. Dios germina en el alma del hombre a través de la ascensión por parte de éste en la Tierra y en la Vida. Y el proceso se expresa en el cálido lógos de la poesía. Un riguroso científico cuando tenía que serlo, Chardin propone aquí una metafísica poética, una simbología del alma. Podríamos decir, sin miedo a las palabras, una dialéctica teológica, pues lo que define el libro es la valentía ante posibles contradicciones que aparecen superadas: libertad-Absoluto, unidad-pluralidad,

vida-muerte, cuerpo-alma, posesión-renuncia... Si Dios quiso el Mundo, y éste está henchido de su creador, todas esas paradojas se diluyen. Incluso la fe y las obras, tantas veces separadas, tienden a desembocar en una fe que obra y una obra que alimenta la fe.

Y si es un relato místico, el punto culminante será una teoría de la elevación hacia Dios, en el que la persona será más persona que nunca y a la vez se perderá en el amor celestial. Podríamos sacar una ética y una política de estas palabras místicas:

«En virtud de un maravilloso poder ascendente encerrado en las cosas (...) cada realidad alcanzada y superada nos permite acceder al descubrimiento y a la prosecución de un ideal de calidad espiritual superior. «

«El cristiano reconoce que es misión suya divinizar al Mundo en Jesucristo. En él, pues, el proceso natural que impele a la acción humana, de ideal en ideal, hacia objetivos cada vez más consistentes y universales, llega a su plenitud completa gracias al apoyo de la Revelación» (pp. 40-41)

El padre Chardin nos recuerda que este proceso,

reunión de actividad y pasividad, indica hacia la Parousía paulina, el reencuentro con Jesús salvados los hombres del pecado y la caída. Esta espera tampoco será pasiva en su totalidad, ya que para Chardin el progreso humano, siempre que sea tal coadyuva a la llegada definitiva de Jesús. En definitiva, esperamos mientras buscamos actualizando la futura llegada. En esa medida llega a decir en el precioso capítulo final:

«El progreso del Universo y especialmente del Universo humano no está en competencia con Dios; ni es tampoco el desperdicio vano de las energías que le debemos. Cuanto mayor sea el Hombre, cuanto más unida se halle la Humanidad, consciente y dueña de su fuerza, la Creación será tanto más bella, la adoración más perfecta... En el Mundo no puede haber dos cimas, como en un círculo no caben dos centros. El Astro que el Mundo espera, sin saber todavía pronunciar su nombre, sin apreciar exactamente su auténtica trascendencia, sin poder siquiera distinguir los más espirituales, los más divinos de sus rayos, es por fuerza el mismo Cristo que esperamos nosotros. Para

desear la Parousía basta con que dejemos latir en nosotros, cristianizándolo, el propio corazón de la Tierra.»

«Jerusalén, alza la cabeza. Contempla la inmensa muchedumbre de los que construyen y de los que buscan. En los laboratorios, en los estudios en los desiertos, en las fábricas, en el enorme foso social, ¿no ves a todos los hombres que padecen? ¡Pues bien, todo cuanto por ellos fermenta — arte, ciencia, pensamiento— todo es para ti! Abre ya los brazos, abre el corazón y recibe, como a tu Señor Jesús, la marea, la inundación de la savia humana. Recibe esta savia, porque, sin su Bautismo, te agotarías sin deseos, como una flor sin agua; y sálvala, porque sin tu sol se dispersaría locamente en tallos estériles» (pp. 135-136)

Este libro expresa la búsqueda de Dios en el Mundo, y simboliza el misterio del reencuentro de los hermanos perdidos. Si este encuentro pudiera ser vivido por los hombres... este bello libro tendría mucha culpa de ello. Leedlo hermanos, sin miedo a la poesía que hay en él, pues no sólo en la ciencia encontramos la verdad.

FERNANDO PÉREZ DE BLAS